

LA EDUCACION CONTINUA O DE LO ESTATICO A LO DINAMICO EN EL CAMPO CULTURAL

Por

LUIS JORGE ZANOTTI

LA necesidad de completar y actualizar los conocimientos técnicos y profesionales que los estudios regulares hayan proporcionado, con el fin de poder desempeñar eficazmente el cometido de la misión que las diversas especialidades tienen asignadas en el campo del trabajo humano, está reconocida desde antaño y podría decirse, desde ese punto de vista, que el perfeccionamiento no es una novedad. Pero esto es cierto si nos limitamos a aquella concepción inicial de perfeccionamiento, es decir, a una visión limitada escuetamente al sentido estricto del término. Diferente es, en cambio, el concepto y distinto es el grado de novedad de este fenómeno si nos referimos, cuando hablamos de perfeccionamiento, a la situación que se difunde cada vez con mayor fuerza en nuestros días y que consiste en un auge inusitado de todos los sistemas de actualización y de todas las formas posibles de completar y renovar el saber, dentro de todas las profesiones y actividades.

No es necesario retroceder mucho en el tiempo para encontrarnos con una concepción de perfeccionamiento bastante distinta a la actual. Tres o cuatro décadas atrás, por ejemplo, se admitía comúnmente, aún entre el vulgo o entre los grupos de mediana formación cultural, que el médico era un caso típico de profesional que “siempre debía seguir estudiando”. Así se decía y así se admitía. Pero: ¿qué se entendía entonces por ese “seguir estudiando”? La idea que uno se forjaba del médico que “seguía estudiando” era la de un hombre que

de vez en cuando, con más o menos regularidad, al término de la labor de cada día, en cambio de destinar sus horas libres exclusivamente al esparcimiento o al descanso, se consagraba en su hogar a repasar sus textos o a leer e informarse de algunas de las novedades que en el campo de la medicina fueran apareciendo. La imagen hace pensar en un médico que luego de las horas de consultorio, quizá antes de la cena, quizá después de ella se encerraba un par de horas a leer, en silencio, el volumen o el tratado con la última novedad o el último descubrimiento.

Con respecto a la profesión docente, ya la ley 1420, de 1884, preveía la obligatoriedad, para los maestros, de concurrir a las “conferencias” que debía organizar el Consejo Nacional de Educación con fines de actualización y perfeccionamiento. Claro está que en aquel tiempo esto se pensaba, en gran medida, como un paliativo frente a la carencia de personal docente diplomado, es decir, egresado de los establecimientos destinados a capacitarlos técnicamente para su labor.

Hoy, en cambio, cuando se habla de perfeccionamiento, la imagen es otra. Se piensa de inmediato en cursos, en cursillos, en grupos de adultos, profesionales en ejercicio en una u otra actividad, asistiendo a clases y a lecciones, vueltos, en una palabra, a la actitud de alumnos y retornando, periódicamente, a la postura espiritual y hasta formal del estudiante. Entre los médicos el fenómeno se da en forma clarísima. El Departamento de Graduados de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires organiza anualmente cientos de cursos sobre toda clase de temas científicos o sobre sistemas y técnicas. Es muy difícil encontrar hoy un médico —sobre todo si es relativamente joven— que junto con el ejercicio de su profesión no esté concurrendo simultáneamente a uno o más cursos y rindiendo exámenes.

No es necesario señalar lo que ocurre en el sector docente, puesto que es bien sabido cómo se ha multiplicado este tipo de ofrecimientos para los maestros y profesores y son irrefutables las muestras del interés con que los educadores responden a esos ofrecimientos.

La Educación continua

Pero el fenómeno es similar —aunque se presenta con modalidades disímiles— en casi todas las actividades. Lo más notable es que este concepto de la “necesidad de seguir estudiando” que antes era sólo privativo de las profesiones de alto nivel cultural y muy particularmente de las universitarias, se extiende también para las funciones de nivel medio, y con el nombre de “capacitación”, las empresas modernas suelen montar sistemas de perfeccionamiento y actualización de su personal o acuden a instituciones que preparan cursos especiales para esa misión. Así, se ha convertido actualmente en un hecho común que los “ejecutivos” —para emplear la palabra que se ha impuesto en nuestro medio— sigan cursos especialmente creados para ellos; y que los “capataces”, en la industria, deban tomar obligatoriamente clases que incluyen desde conocimientos técnicos hasta nociones de psicología laboral. En una palabra: si bien el concepto estricto y originario del “perfeccionamiento” no es una novedad, sí lo es en cambio la extensión inusitada que ha tomado en nuestros días. Puede decirse, pues que nos hallamos frente a un fenómeno nuevo, propio de nuestro tiempo, que se da universalmente y que abarca, de hecho, todas las profesiones y todas las actividades de cualquier nivel.

Es hora, entonces, de analizar los motivos determinantes de esta nueva situación y de procurar aclarar e interpretar las modalidades que el perfeccionamiento cobra en nuestros días.

II

¿Qué es, lo que ha sucedido para provocar esta necesidad masiva y urgente de actualización y de estudio permanente para hombres y mujeres que ya han concluido sus cursos escolares regulares y obtenido títulos, grados o diplomas que los habilitan formalmente para el ejercicio de una profesión, arte u oficio? Creemos que son dos los motivos determinantes del fenómeno. Dos motivos que, en última instancia, se confunden en un solo proceso. Nos referimos a la magnitud

enorme de la complejidad cultural del mundo contemporáneo y a la velocidad extraordinaria que ha adquirido últimamente el proceso de renovación y de progreso cultural.

III

Analicemos el primer punto: la gran complejidad cultural de nuestro tiempo. Sobre cualquier campo del saber y del hacer humano que dirijamos la mirada, nos encontraremos con una complejidad notable. Cincuenta años atrás un médico era una persona que prácticamente dominaba la casi totalidad del saber de la medicina de su tiempo. Los especialistas eran relativamente escasos y en general se reputaba tales a los grandes maestros y profesores de la ciencia médica. O, en todo caso, las especialidades eran unas pocas y muy diferenciadas, verbigracia la cirugía o la pediatría. No es un secreto para nadie que, por el contrario, la multiplicación actual de las especialidades, en medicina, ha alcanzado ya extremos sorprendentes, y el proceso no tiene miras de detenerse. Por otra parte, la cantidad, simplemente la cantidad, de conocimientos que un médico debe adquirir hoy en su etapa formativa, es notablemente mayor que medio siglo atrás. Las escuelas de medicina de todo el mundo procuran incorporar a los años iniciales de la carrera algunas disciplinas básicas que antes ni se soñaba enseñar, como Matemáticas, y con respecto a otras como Química, las exigencias son notablemente mayores.

En síntesis: la Medicina, como ciencia y como arte, como saber y como profesión, enfrenta hoy un problema doble: por un lado ampliar la base de formación general común a todos; por otro, multiplicar las especialidades y formar a esos especialistas sobre la base de los graduados que ya tengan aquella excelente y amplia base general. Más al principio, en lo general; más al final, en lo específico. Lo mismo ocurre en otras profesiones, aunque el común de las personas lo advierta menos. Pero el fenómeno es absolutamente el mismo entre los econo-

La Educación continua

mistas, por ejemplo, o en el campo de las ciencias jurídicas y sociales. ¿Y qué decir de las tradicionalmente llamadas disciplinas humanísticas, que hoy enfrentan la necesidad de colocar una materia que se llama “Estadística” que requiere ineludiblemente buenos conocimientos matemáticos entre las que componen sus planes de estudio?

Pero esta complejidad cultural no se refiere solamente a los estudios o a las carreras universitarias. Es un fenómeno que afecta la vida cotidiana de todos nosotros, que se da en las circunstancias más triviales de cada día. Así como en una empresa comercial se complican cada día más los procedimientos de trabajo —y aparece la necesidad de un gabinete psicotécnico por ejemplo, para el reclutamiento del personal y para realizar eficientemente las promociones o el movimiento interno del personal— se hace más difícil, desde el punto de vista cultural propiamente dicho, la vida hogareña, pues manejar un lavapropas automático moderno es incomparablemente más complicado —aunque menos fatigoso para el músculo— que fregar ropa sobre una tabla. Ganamos en comodidad y ahorramos fatigas y esfuerzos musculares, pero la humanidad se exige cada día más a sí misma en el orden intelectual y se complica cada día más dentro del marco de lo cultural.

IV

Dijimos que había otro motivo determinante de estas exigencias de perfeccionamiento permanente. Y nos referimos a la velocidad del progreso. La renovación cultural, la aparición de novedades dentro de cualquier campo, ya sea en lo referente a costumbres y usos (formas de saludar, modas) o a técnicas (maneras de cultivar el suelo, reemplazo del barco de vela por el de vapor) o a normas de vida (aceptación del crédito sin rechazar éticas como parte integrante de la vida económica empresaria o familiar) o, finalmente a aspectos de la ciencia y de la metodología profesional, es un proceso que tiene sus

leyes propias. No entraremos a analizarlas, pues no es el tema que nos corresponde ahora, pero sí debemos citar una de ellas: la lentitud. La renovación social, en cualquier terreno en que se presente, se caracteriza por realizarse lentamente. tan lentamente que puede decirse que los hombres no alcanzan a darse cuenta que se está produciendo. Es esta una sagaz manera que la sociedad ha encontrado para progresar sin sufrir trastornos que la alteren en demasía. Los procesos renovadores bruscos pueden acarrear graves inconvenientes a un pueblo. La lentitud en aceptarlos, garantiza a la sociedad la completa participación de la comunidad en el proceso renovador y permite su integración total en el grupo sin violencias y sin dificultades. Lo normal es que el cambio ocurra, como dijimos, casi sin que el grupo se de cuenta.

Pero esto no es siempre así. Hay etapas históricas que pueden denominarse de "aceleración" del proceso de renovación. Es decir, momentos en los cuales, por circunstancias diversas, el cambio se produce con rapidez anormal y el grupo tiene tiempo de advertirlo y de vivir las dificultades que ese cambio provoca. Se admite hoy sin discusión que vivimos una de esas épocas de cambio acelerado y que, probablemente, nunca presenció la humanidad momentos en los cuales la renovación y el cambio haya sido tan intenso y, sobre todo, tan rápido. Limitemos nuestro análisis a un solo punto: la velocidad del progreso científico y técnico. Hasta pocas décadas atrás, las novedades científicas o técnicas se sucedían pausadamente, al menos desde el punto de vista de la duración de la vida humana. Si bien veinte años constituyen un breve instante de la historia de la humanidad, son un lapso bien largo desde el punto de vista de un hombre. Supongamos que en algún campo de la ciencia se produzcan novedades realmente fundamentales cada veinte años: entonces, la vida de un hombre dedicado a ese campo, considerando que desde su graduación universitaria dispondrá, a lo sumo, de cuarenta o cincuenta años de vida útil, le alcanzará para tener que acomodarse a no más de dos o tres novedades fun-

La Educación continua

damentales. Y conviene recordar que ha habido etapas históricas durante las cuales la aparición de nuevas ideas o conceptos o la aparición de novedades verdaderamente esenciales se produjeron con lapsos mucho más prolongados entre una y otra. En cambio, en nuestros días, cada hombre se ve enfrentado a la dramática situación que le plantea un proceso casi alucinante de aparición de novedades una tras otra, que le exigen un esfuerzo notable para no quedarse atrás, y que lo ponen frente a dificultades a veces insalvables, pues a menudo no le alcanzan ni el tiempo de que dispone ni sus energías para poder mantenerse al día” dentro de su arte o de su ciencia. Fenómeno, que no debe confundirse, por supuesto, con el afán de “estar al día” de la última moda o del último acontecimiento social o de la última ocurrencia artística de tal o cual grupo, que es propio del “esnobismo”. Más aún: al margen de un saber o de un quehacer concreto y determinado, resulta hoy necesario un esfuerzo nada sencillo simplemente para no quedarse atrás en la comprensión general del mundo que nos rodea y para poder mantenernos al día en la interpretación de los fenómenos sociales y políticos que nos rodean. Viven hoy muchos hombres que siguieron con profunda atención el proceso político internacional hasta aproximadamente la conclusión de la segunda guerra mundial, y estuvieron atentos a los más importantes problemas y acontecimientos que en el siglo se fueron produciendo. Pero de 1945 acá, la multitud de fenómenos realmente sustanciales que se han ido sucediendo y cambiando prácticamente cada lustro la perspectiva total y el enfoque general de los problemas es tan grande, que buena parte de esas personas no han logrado mantener su ubicación dentro de la problemática general y se mantienen en un esquema de “post-guerra” digamos así, que los incapacita para entender lo que pasa hoy. No sería exagerado —aunque parezca broma— decir que está haciendo falta un gran cursillo de perfeccionamiento para poder comprender los lineamientos básicos de la situación internacional contemporánea.

V

En una palabra: llegamos a lo que constituye el nudo central del pensamiento que deseamos exponer. La cultura de nuestro tiempo ha dejado de poseer un carácter "estático" para pasar a un carácter "dinámico".

La cultura tradicional era, para la perspectiva histórica de la vida humana, un fenómeno "estático", es decir que para cada hombre el caudal cultural que recibía en sus etapas formativas (niñez, adolescencia, juventud) representaba un conjunto de normas, costumbres, formas de vida, concepciones religiosas, filosóficas, morales y políticas, y, además, un conjunto de conocimientos científicos y técnicos, que se mantenía prácticamente invariable a lo largo de toda su existencia o que, a lo sumo, registraba escasas variaciones, en cantidad y en calidad. Un médico de otro tiempo también se perfeccionaba, es verdad, pero el caudal de conocimientos científicos y técnicos con que había egresado de la Universidad constituía, durante toda su vida, el grueso esencial de su formación. También podían variar las costumbres y las formas de vida de un hombre cualquiera, pero en líneas generales el caudal cultural heredado de sus mayores en cuanto a concepción de vida, formas de proceder e interpretación de los sucesos de la vida cotidiana, lo acompañaba prácticamente sin cambios esenciales hasta su muerte. Podría decirse que —siempre hablando desde el punto de vista de la perspectiva histórica de la duración de la vida humana— la cultura era un caudal "congelado". Esto también otorgaba un carácter estático a los grandes repositorios del saber humano: Bibliotecas, museos, libros. La imagen de la sabiduría se halla ligada desde hace siglos a la imagen de enormes bibliotecas con hileras de volúmenes alineados en innúmeras estanterías. La idea que el vulgo se forma de un hombre de gran formación intelectual, un gran científico por ejemplo, está asociada a la imagen de un mueble lleno de grandes libros, inmóviles tras los vidrios, como tras celosos custodios de un saber bien

La Educación continua

establecido. Todos tenemos presente, por otra parte, la visión del bufete del gran abogado, o del consultorio del gran médico de antaño, que ostentaba casi siempre los volúmenes capitales de su formación y de su caudal cultural, esos volúmenes que en sus años de estudiante él consumirá —valga la expresión— en largas jornadas, y que posteriormente lo acampañaban como fieles amigos, como fuentes magistrales a las que podía acudir en cualquier instante.

Todo eso es una imagen del pasado. Cada vez tiene esto menor importancia y esas grandes colecciones de volúmenes, ya jurídicos, ya científicos, ya técnicos, bien encuadernados en papeles de alta calidad —como una prueba más de su sentido último de permanencia y de estaticidad— comienzan a ser miradas como elemento decorativo o de presuntuoso mal gusto antes que como auténtico elemento de trabajo o de valía cultural.

El carácter dinámico de la cultura —ese carácter que antes, para poder ser advertido, requería situarse en una perspectiva histórica abarcadora de siglos— se pone de relieve ahora aún para el breve lapso que abarca la vida de un hombre, y es por esto que ahora cada hombre se ve obligado a vivir en medio de un caudal cultural no hecho de una vez para siempre sino en proceso permanente de transformación.

A cada hombre ya no le es dado un caudal que ha de constituir su núcleo esencial para desenvolverse en el campo científico o técnico o simplemente para “vivir” ubicado en su medio, sino que le es dado apenas un equipo de elementos con los cuales él ha de procurar mantenerse en un constante proceso de “culturalización”.

Si se nos permite una imagen, diríamos que antes se preveía a cada hombre de algo así como de un salvavidas adecuado a su oficio o profesión con el cual podía mantenerse a flote sin mayores problemas durante el resto de su vida. A lo sumo, cada tanto, debería hacer una revisión de su salvavidas: controlar la presión del aire o ajustar algún elemento. Ahora, dentro del mareo cultural contemporáneo, lo más que podemos hacer con cada hombre —ya sea científico, profe-

sional, técnico o simplemente ciudadano o padre de familia— es enseñarle bien a nadar, y su misión consistirá en nadar por el resto de su vida. En cuanto deje de hacerlo, la corriente lo arrastrará o lo ahogará.

Por eso es que aquellas imágenes estáticas de la cultura tradicional han sido reemplazadas por otras que pueden llamarse dinámicas. Los grandes volúmenes, los libros de antaño, son actualmente reemplazados con ventaja por la revista de alto nivel, especializada, de aparición periódica y regular. Si un jurista, o un médico, o un arquitecto de nuestro tiempo quiere destacar ante sus clientes su alto nivel profesional o académico, mejor que colocar detrás suyo en imponentes anaqueles hileras de volúmenes lujosamente encuadernados, deberá desparramar sobre su escritorio los últimos números de las principales revistas especializadas del país y del extranjero que reciba regularmente. Obsérvese que el gran volumen, la gran obra, significa también un fenómeno cultural fruto de una lenta elaboración. Largos años fueron seguramente necesarios para armar el saber que encierra el gran volumen; otros muy largos años para escribirlo. Quizá veinte, quizá treinta; no es raro encontrar esas obras que demandaron una vida. Luego se editaban, y hasta materialmente, como dijimos, adquirían su carácter de permanencia. Después, por años, eran la fuente principal de consulta, de estudio, de información. Muy poco sentido tendría hoy esto, frente al sucederse de las novedades científicas y técnicas, que tornan envejecido en un par de años al último descubrimiento y que exigen la difusión rápida de esos descubrimientos y novedades.

Ciertas cátedras universitarias no ponen ya a disposición de los alumnos ni de los visitantes, imponentes anaqueles con enormes volúmenes, sino un eficiente sistema de recepción de revistas y de catalogación inmediata de artículos. Me atrevería a decir que el concepto tradicional de “biblioteca” va siendo reemplazado por el de “centro de documentación”, que implica, por su estructura y funcionamiento, ese

La Educación continua

elemento de dinamismo que venimos señalando como esencial del mundo cultural contemporáneo.

Así pues, a la biblioteca, elemento estático, se opone hoy el centro de documentación. Al libro, al gran volumen, la revista especializada de alto nivel, o el libro pequeño, el folleto, de rápida impresión y de rápida circulación.

VI

Algo muy similar a todo esto es, pues, lo que sucede con el fenómeno de los "cursos" o "cursillos". Al gran curso magistral de antaño comienzan a superponerse los "cursillos", como fenómeno dinámico frente al carácter preferentemente estático de aquél. Antes, lo único aceptable era asistir al gran curso dictado por el gran maestro, que resumía en las lecciones de un año el amplio caudal de su saber. Hoy, no es raro que ese mismo gran maestro, dentro del proceso de evolución cultural en el cual se halla inmerso, organice sus cursos o cursillos relativamente breves para explicar tal o cual tema, tal o cual novedad, para aclarar tal o cual concepto nuevo o enseñar tal o cual técnica recientemente aparecida.

En una palabra: asistimos a un proceso que puede denominarse de "revalorización" o de "jerarquización" de procedimientos que se consideraban antes como de tipo menor, y que algunas personas —precisamente faltas de una comprensión de los problemas de la hora— consideran un tanto despectivamente: el curso aislado, el cursillo, el artículo, el folleto, la revista.

Es imposible no advertir un problema de nuestra época: el envejecimiento de los libros, que constituye un fenómeno aterrador, pues es frecuente el caso de una obra que después de haber costado largos años de compaginación queda envejecida por nuevas ideas, nuevos problemas o nuevas circunstancias muy poco tiempo después de su aparición.

Entiéndase bien que con las palabras precedentes no queremos decir que desdeñamos el valor del libro o del gran volumen, que dentro de otro contexto y dentro de su nuevo papel, habrá de llenar siempre una misión. Tampoco desdeñamos el papel del curso fundamental. Lo que afirmamos es que al lado de todo eso surge hoy este otro aspecto de la cultura dinámica, estos otros fenómenos que son las revistas, los cursillos, los folletos, que adquieren una dimensión nueva y una jerarquía que no tenían tres décadas atrás. Y consideramos un grave error esa postura despectiva con que ciertas personas o grupos enfocan la obra que este tipo de procedimientos cumplen. Aunque a veces, en verdad, detrás de esas posturas y de ciertas pretendidas exigencias no se oculta sino un desesperado afán por impedir que los vientos de la renovación y del avance cultural se hagan presente mientras ellos se sienten impotentes para mantener su propia actualización y para seguir de cerca ese proceso de renovación y de avance.

VII

Llegamos, al fin, a comprender que en la situación cultural que vive el mundo de nuestros días no puede aceptarse ya en ningún caso una postura estática para el caudal cultural, de cualquier tipo y de cualquier nivel, de persona alguna, sino que debe exigirse una postura de "dinámica cultural".

Claramente muestra esta nueva situación la expresión que se ha difundido últimamente de "educación continua".

Creemos que ella revela con absoluta claridad lo que debe entenderse hoy bajo el concepto de "perfeccionamiento", y que ella es suficientemente reveladora, por un lado, de la importancia que alcanza este tipo de cursos y por otro del sentido dinámico que adquiere el mundo de la cultura.

Permítasenos citar, en este punto, lo dicho en el diario "La Nación" del 15 de julio de 1964: "¿Qué se quiere decir con esta ex-

La Educación continua

presión? Sencillamente que la etapa de los estudios regulares no concluye con la obtención de los títulos o diplomas que concedan las casas de estudio, sino que el proceso educativo ha de proseguir permanentemente a lo largo de la vida. Los departamentos o institutos de graduados, también llamados a veces escuelas de “post-graduados” cumplen la misión esencial de permitir este proceso de educación continua a médicos, abogados, ingenieros, hombres de ciencia o especialistas en disciplinas estéticas o humanísticas. No se concibe hoy, en efecto, que alguna de estas profesiones pueda ser ejercida sin una constante actualización de conocimientos y sin un esfuerzo sistemático que prácticamente convierte a los egresados de las universidades en estudiantes perpetuos.

“El concepto de la “educación continua” ha venido a modificar también profundamente otro antiguo concepto pedagógico: el que se refiere a la educación de adultos. Hasta ahora esta rama de la actividad escolar se consideraba como un complemento que se ofrecía a aquellos adultos que por cualquier motivo no hubieran podido completar sus estudios regulares en las etapas normales de la vida, es decir, la niñez o la adolescencia. A lo sumo, se extendía a brindar instrucción básica a personas que se incorporaban ya adultos al seno de una sociedad —como los inmigrantes, por ejemplo— o a dar alguna posibilidad de perfeccionamiento a trabajadores en actividad. Hoy en cambio, se acepta que la educación de adultos no es sino un capítulo de la educación continua, y que a los hombres y mujeres que han pasado las etapas juveniles de la vida se les debe seguir ofreciendo la oportunidad de frecuentar estudios regulares que por un lado completen, perfeccionen y actualicen los conocimientos recibidos en el paso por las aulas en otros años de su vida, y en segundo término les permitan mejorar sus aptitudes para la vida cotidiana, en el marco de la familia o de la vida cívica, por ejemplo”.

Es que, efectivamente, la “educación continua” es una necesidad indispensable de la vida contemporánea. Quede aclarado que siempre

se aceptó que el proceso educativo no se cerraba ni en la juventud ni en las aulas escolares, pero cuando ahora se habla de "educación continua" no quiere decirse simplemente que "continúa" un proceso educativo asistemático y espontáneo, sino que debe continuar un proceso educativo sistematizado, de tipo escolar, es decir, organizado en forma regular. Es que hoy ya no puede el médico o el ingeniero o el profesor de física o el maestro de escuela primaria "mantenerse al día" utilizando algunas de sus horas libres, leyendo en su casa, por sí mismo, un artículo o un libro. La complejidad y la rapidez de la evolución cultural, como lo hemos señalado, exigen que sea mediante cursos o cursos organizados como él podrá lograr esa actualización.

Decía en un discurso, el ex-Rector de la Universidad de Buenos Aires ingeniero Hilario Fernández Long: "La Universidad debe organizar cursos no demasiado extensos, ni excesivamente recargados, le pocas materias fundamentales dadas en profundidad, que acostumbren al alumno a pensar con seriedad, a enfrentar con imaginación situaciones inesperadamente nuevas y a trabajar en equipos".

"Justamente, a causa de que el título debiera darse después de estudios no excesivamente prolongados, y en razón del continuo avance del progreso, la Universidad debe seguir proporcionando a sus egresados educación continua. En este sentido, uno tendría la tentación de imponer a los profesionales la obligación de mantener permanente contacto con la Universidad, como condición obligatoria para que los títulos profesionales no pierdan su validez. Y, en verdad, un ingeniero, por ejemplo, que ha recibido su título hace quince años y no tiene otros conocimientos que los que recibió en su momento en la Facultad, es decir, que no ha continuado su formación manteniendo contacto con cursos, bibliotecas, laboratorios y seminarios, *no tiene ya en sus manos un diploma de ingeniero, sino un trozo de papel sin valor*".

Obsérvese que se llega, de tal manera, a la aparición de otra idea que si bien no es —ella tampoco— absolutamente nueva u original,

La Educación continua

sólo en estos últimos años comienza a abrirse camino con relativa amplitud y a ser considerada como una probabilidad muy efectiva. Nos referimos a la tesis que sostiene que los títulos o diplomas de tipo profesional, para cualquier carrera, deben estar sometidos a exámenes periódicos de reválida, para garantizar que su poseedor se mantiene al día con el avance cultural de su respectiva especialidad. Nada absurdo parece esta propuesta a pesar de las innegables dificultades prácticas que entrañaría su realización, puesto que todo profesional que pase actualmente un cierto número de años falto de actualización queda muy lejos de poseer la capacitación mínima adecuada para el ejercicio de sus tareas.

Si pensamos en lo que en este sentido puede suceder dentro del campo docente, veremos que la situación es totalmente similar y que también aquí pensar en exigencias periódicas de reválida del título no constituye algo absurdo. Imaginemos un profesor de matemática o de ciencias naturales que haya egresado hace quince o veinte años y que durante ese lapso no haya actualizado sus conocimientos científicos ni haya tomado conciencia de las renovaciones didácticas en su especialidad. ¿Aceptaremos que posee un diploma válido? Todos aquellos maestros que durante los últimos diez o cinco años han sentido la preocupación de saber algo acerca de nuevos métodos y procedimientos, o que de una forma u otra han procurado estudiar o aprender nuevos procedimientos metodológicos o nuevas maneras de encarar la tarea de la enseñanza o de la evaluación del aprendizaje, —cito a modo de ejemplo— pueden comprobar por sí mismos la gravedad del problema derivado del hecho de que numerosos colegas se hallan absolutamente al margen de estas novedades y todo su caudal cultural —desde el punto de vista didáctico o pedagógico— se reduce a lo que adquirieron durante sus años de normalistas.

La verdad es que, sin necesidad de exagerar en lo más mínimo, podría concluirse diciendo que hoy inclusive para ser padre o madre de familia, hasta para ser buen esposo o esposa —y nada digamos, por

obvio, con respecto a ser buen ciudadano— sería necesario un proceso de educación continua y de cursos de perfeccionamiento. Cuando nuestros padres nos decían a nosotros “haz esto” o “no hagas aquello”, procedían según una estructura cultural que les había provisto de una vez para siempre de normas de vida “estáticas”, mientras que cuando hoy nuestros hijos exigen de nuestros labios la admonición de lo que se debe o no se debe hacer, nos vemos enfrentados al problema a veces angustioso de que carecemos de un caudal cultural así “congelado”, así adquirido definitivamente y debemos acudir a esta situación “dinámica” que obliga al replanteo de cada caso, a la solución para cada instante y a la improvisación —en el mejor y más alto sentido de esta palabra— de la norma o el consejo realmente eficaz para cada problema.

He aquí pues que la actualización, la puesta al día, la educación continua, en fin, es una necesidad universal de todo profesional de nuestro tiempo, a tal punto, que se ve llegar ya el instante de que esta labor de perfeccionamiento vaya delineándose como una obra regular y hasta institucionalizada mediante títulos y diplomas.

VIII

Pero precisamente aquí, donde parece que la obra del perfeccionamiento llega a su culminación y a su mayor triunfo, es donde aparecen los peligros. No advertirlos conduciría a estropear los beneficios que hasta ahora se advierten de la obra realizada. Hasta el momento, puede decirse que esta gran labor de actualización y de educación continua, tanto en el campo de los docentes como de otros profesionales y en general dentro del campo empresarial, viene cumpliéndose gracias a los esfuerzos de la iniciativa privada y en un ambiente de absoluta libertad. La libertad, claro está, tiene sus peligros. No podemos ignorar que al amparo de esta necesidad surgen los improvisadores y hasta los que ofrecen como válida mercadería cultural falsa. No es un

La Educación continua

secreto para nadie que junto a las instituciones de alta jerarquía que ofrecen cursos de capacitación para dirigentes de empresa existen quienes lucran mediante cursos improvisados y carentes de base científica y que al lado de cursos serios de perfeccionamiento pueden haber florecido otros de menguado nivel. Pero los problemas de la libertad los corrige la libertad, y en muy poco tiempo estas improvisaciones se desprestigian a sí mismas y luego de engañar a unos pocos por poco tiempo desaparecen y se hunden en el olvido. En cambio, es este ambiente de libertad y este espíritu que sólo puede surgir de la iniciativa privada, el que permite que los cursos de perfeccionamiento y los sistemas de educación continua cumplan su verdadera misión de "actualización", pues es ese ámbito de libertad el que les permite y el que a la vez garantiza que ellos responderán a las últimas inquietudes culturales; proveerán a los asistentes de las más recientes novedades y mantendrán al día su bagaje técnico-científico, pues de no responder auténticamente a las necesidades de la sociedad, ésta —puesto que el clima es de libertad y no de imposición— rechazará lo que se le da innecesaria o mezquinamente y buscará lo que en realidad le es útil.

Se corre un riesgo muy grave en cuanto se piensa en oficializar este tipo de actividades de actualización o de perfeccionamiento, y también se lo corre cuando las instituciones privadas que los desarrollan llevan más allá del mínimo necesario la estructura organizativa, ya sea porque ellas así lo dispongan o por exigencias externas. Ese riesgo es el "endurecimiento" que toda oficialización o excesiva organización trae consigo, endurecimiento que puede llevar a los cursos de perfeccionamiento a perder dinamismo y a recaer en caracteres estáticos que son la antípoda de su naturaleza. No pidamos a los cursos de perfeccionamiento esquemas rígidos o sistemas demasiado organizados. Dejemos que ellos se desenvuelvan —dentro, naturalmente, de un margen decoroso de seriedad y de organización— llevados más bien por el ímpetu de la dinámica cultural de nuestros días, que rechaza los grandes cursos magistrales y prefiere, para este aspecto de

la educación continua, el cursillo breve; que no necesita de la organización perfecta sino de una planificación que más bien se vaya haciendo sobre la marcha, a medida que las necesidades culturales y las exigencias de los interesados van presentando las situaciones. Cuidado con las oficializaciones de cursos y de sistemas que llevarán inexorablemente a formar equipos permanentes de profesores, que será necesario amparar en un régimen de estabilidad laboral y tenderán luego, por la fuerza de los hechos, a congelar sus cursos y sus programas. Muy grave riesgo corre toda la institución oficial de perfeccionamiento si para alterar el plan general o el programa de un curso o para introducir un nuevo capítulo debe esperar una aprobación burocrática que quizá requiera largas tramitaciones. Muy grave es el riesgo que se hará correr a las instituciones privadas si, en nombre de presuntos riesgos, se les comienza a exigir organizaciones y planificaciones y detalles que deban ser estructurados con larga antelación y que una vez previstos no puedan modificarse sin previa consulta y quizá no puedan modificarse de ninguna manera. Solamente la iniciativa privada y un clima de libertad prácticamente absoluta, pueden garantizar el mantenimiento de ese carácter dinámico que es la esencia de este fenómeno de perfeccionamiento o de educación continua. Todo lo que tienda a añadir elementos estáticos al proceso entraña peligros gravísimos, de tal manera que podría decirse que la educación continua y en particular el perfeccionamiento docente es un proceso que por esencia, por definición, corresponde asumir a la iniciativa privada y dentro del máximo de libertad. Diríamos que lo único que puede y debe controlar el Estado es que no se atente contra el bien común y no se falseen normas elementales de conducta moral. Es mil veces preferible correr alguno de los riesgos que tiene la libertad que pretender evitarlos con medidas coercitivas de esa libertad, pues los males consecuentes suelen ser mucho peores que los que se hubieran querido evitar.

En nuestro país todavía seguimos teniendo miedo a la libertad y

La Educación continua

ante cada peligro, ante cada riesgo, solemos acudir al Estado para que mediante su fiscalización nos proteja. Es necesario que nos acostumbremos a encontrar la protección contra los riesgos y a detener los peligros por nosotros mismos y dentro de la libertad. El camino puede parecer así, inicialmente, más difícil, pero a su término nos encontramos con que los resultados son mucho más sólidos. Mejor que impedir un curso porque a algún funcionario, aún bien intencionado, no le ha parecido conveniente o acertado, es obtener que los cursos inconvenientes o desafortunados desaparezcan, aunque algo más lentamente, porque la misma sociedad, libremente, los rechaza. Esto nos garantizará que su desaparición es auténtica, pues así como un funcionario hoy lo impidió otro mañana puede imponerlo, y además habremos impedido que, quizá, se hayan prohibido otros cursos que en verdad eran necesarios. Dejemos pues que este proceso que con tanto éxito viene cumpliendo la iniciativa privada en materia de perfeccionamiento docente siga adelante. Ella, en un clima de libertad, es la única que puede mantenerlo en la buena senda.

Nos atreveríamos a sostener que este tipo de cursos configura un caso similar al que dio nacimiento a las más altas casas de estudio, cuando allá por los siglos XII y XIII comenzaron a estructurarse las universidades medievales que después fueron honra de Europa. ¿Qué fueron ellas en sus orígenes?

Bien lo dice Alfonso el Sabio en sus Partidas, cuando define “qué cosa es estudio” y afirma: “estudio es ayuntamiento de maestros et de escolares con la voluntad y el entendimiento de aprender los saberes”. He ahí magníficamente sintetizado el origen de toda escuela, de toda casa de estudio; he ahí el más auténtico origen de toda acción docente: la unión —“ayuntamiento” en el castellano arcaico— de los maestros y los escolares, de quienes enseñan y de quienes aprenden, unos con la voluntad de enseñar, otros con la voluntad de saber. Pero véase bien que dice Alfonso: “con la voluntad”, es decir, que libremente quieren unos enseñar y otros saber, pues no hay voluntad

LUIS JORGE ZANOTTI

si no hay libertad, y ese "ayuntamiento", ese encuentro de maestros y alumnos a que él se refiere es el encuentro de voluntades libres, sin lo cual no ha habido nunca ni la habrá enseñanza ni escuela, maestros ni discípulos. Y así se formaron los claustros iniciales de las grandes universidades medievales, desde Salamanca a Bologna, desde Oxford a París, pues como su nombre lo indica, eran originalmente "universitas magistrorum et scholarum", es decir, corporación, unión, ayuntamiento de maestros y de escolares, libremente reunidos para enseñar y aprender.

Ese es el espíritu que debe presidir la tarea del perfeccionamiento. El sentido dinámico de la cultura es la novedad de nuestro tiempo; la libertad su esencia eterna.